

OBRA

2

LA PASTORCILLA DE VERSOS, por El Guardián (Relato)

La Hueta, año 1938.

Justo comenzaba una nueva andadura en su vida. Tras ser maestro de profesión en varios colegios antes de la fatídica Guerra, casarse ya mayor con María de las Nieves y tener su única hija, iba a proseguir su vida en tierras segureñas, muy cerca de su añorada Orcera, que tuvo que dejar joven para dedicarse a su vocación de la formación académica de los niños y niñas en el ámbito rural.

Pero esta vez volvía con su pesar, puesto que pasada la Guerra, le prohibieron rotundamente dedicarse a la enseñanza, pese a no ser de lo que llamaban del bando de los “rojos” ni de los “vencedores”, le dejaron con una vida en la pobreza. Debido a su gran carisma, su humildad y su trabajo, las autoridades tomaron una decisión neutral, pero le obstaculizaron que siguiera con su vocación. Esto le marcó profundamente la vida... ahora, con casi 50 años, tenía a una pequeña de 3 años y casi sin dinero tenía que forjar su nueva identidad en esa España que se empobrecía.

Y así decidió ir a La Hueta, a una pequeña cortijada que tenían sus padres, heredando así la propiedad y unas cuantas ovejas. Volvería a sus raíces de pastor con la ayuda de sus hermanos que vivían a unos cuantos kilómetros, justo en las faldas de las ruinas del Castillo de la Espinareda.

Consigno se llevó lo poco que le quedaba, a su familia y a sus reliquias, que no eran otras que sus libros de poesía de los grandes escritores españoles. No tenía todas las obras, por supuesto, pero sí una pequeña colección que casi se sabía de memoria.

Decidió, por tanto, ser pastor, volver a la montaña, vivir una vida en paz con los suyos, pero sin dejar de leer. Y así le transmitiría sus conocimientos a su hija Fátima, que seguramente tendría una vida difícil en esos años que iban a venir.

La Hueta, año 1948.

Aquella mañana de Junio, a dos días de la festividad de San Juan, Fátima ayudaba a su madre en las tareas del hogar. Fátima había cumplido recientemente los 13 años de edad y como solía ser costumbre por esas edades, dejaban de ir al colegio cercano de Orcera

para ayudar en casa. No obstante, tenía al mejor profesor en su humilde morada. Anhelaba a su padre en sus partidas a la Sierra, para que cada noche en la luz del candil o del carburo, le leyera algunas líneas, algunos párrafos, algunos versos de esos que tanto le gustaban.

Su padre Justo le enseñó, a muy corta edad, a leer y a escribir; con lo poco que podía conseguir del campo, compraba algunos lapiceros y papeles para que su niña de ojos verdes, tuviera unos conocimientos importantes para que pudiera ser algo más que la esposa de alguien, que ella pudiera tener un futuro mejor, si Dios quería que se llevase pronto la dictadura. Estaban pasando unos años duros, pero los tres vivían felices en La Hueta.

Fátima le pidió ese día que le dejara acompañarle en su visita a sus tíos en la Espinareda, pasar esa noche con él en la cueva resguardándose del frío y poder visitar a sus primos. Y Justo no podía decirle que no a sus ojos verdes, a su sonrisa y a su cuerpo de mujer que iba adquiriendo. Por eso Fátima fue a pedir más pan a los vecinos que regentaban el Horno de La Hueta, y ayudó intensamente a su madre en el Lavadero, donde se juntaban todas esas mujeres para hablar de todo lo que no podían en casa... pero para Fátima aquellas conversaciones eran mundanas, ella lo que quería es hacer sus poemas, escribir sobre lo que pensaba, y luego leérselo a su padre.

Temprano al día siguiente marcharon, cogieron el hato que les preparó su madre, y caminaron hasta la Cueva de la Peña del Águila, muy cercana a los cortijos de Valdemarín, donde pasarían la noche. En Valdemarín intercambiarían dos chotillos con la familia Peñalta, muy amiga de su padre, con otros alimentos que luego necesitarían para pasar el invierno.

Su padre le contó que en las cuevas y simas del Cerro del Pavo se refugiaban y oraban antepasados suyos de la Sierra de Segura de hace muchos años, eran cavidades muy conocidas por la gente del lugar. E incluso se contaban por los viejos de la zona, que en las noches de San Juan se escuchaban voces de aquellos que fueron enterrados en esas cuevas. Fátima sabía que su padre siempre le contaba esas historias para que no se metiera nunca en las grutas, porque siempre habían ocurrido desgracias con el ganado o incluso con los perros de los pastores. En más de alguna ocasión, muchos serranos habían tenido serios problemas con simas, como aquel pastor de los Campos de Hernán Pelea que por pocos centímetros estuvo a punto de costarle la vida y caer al abismo de

la majestuosa Sima de Pinar Negro, intentando coger a un corderillo que rechazó la madre el día anterior y salió huyendo.

Esa noche, la niña de ojos verdes le recitó a su padre unos versos que había escrito para él, como le había enseñado. Y esta vez su juego sería que Justo debía acertar qué tipo de estrofa había hecho. Y comenzó:

*Cuando el alba comienza su despertar
mi ángel de la guarda vuelve a salir,
anhelo con gran ansia su retornar
porque sin su ser nunca podré vivir.*

Un cúmulo de emociones llenó a Justo a la luz del carburo en aquel covarrón, e incluso una pequeña lágrima resbaló por su rostro hasta rebosar su mejilla. Su niña se hacía mayor, e incluso acababa de recitarle su primer serventesio. La abrazó como nunca, su pastorcilla de versos le alegraba todos los días de su vida. La niña le pidió encarecidamente que le leyera alguna estrofa o párrafos del libro que llevaba hoy en la talega. El libro que cogió antes de salir de casa fue su preferido: “*Coplas por la muerte de su padre*” de Jorge Manrique. Y recitó en voz alta:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar, que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar y consumir;
allí, los ríos caudales,
allí los otros medianos,
y más chicos;
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.*

Y una lágrima cayó por su rostro, mejilla abajo, como aquellos ríos de la copla de Jorge Manrique. ¿Qué le pasaba a su padre? Pensaba Fátima. No era normal que un hombretón como su padre llorase por esas lecturas. Estaba más emocionado de lo habitual. Esa noche de San Juan fue especial para Fátima y para Justo, vieron pasar multitud de estrellas que corrían por el cielo, que jugaban a ver quién llegaba la primera al otro extremo. Ellos dos miraban con fascinación aquel tropel que les regalaba el cielo. Así disfrutando padre e hija, durmieron entre vientos y danzas de la naturaleza.

A la mañana siguiente llegaron a la Espinareda, donde Fátima ansiaba ver a sus primos, sobre todo a la pizpireta Juliana, porque era más pequeña que ella y siempre le hacía caso. Jugaban a que estaban en la escuela, y Fátima siempre hacía de maestra.

La Hueta, año 1949.

Fátima seguía ayudando a su madre en todos los quehaceres de la casa y del hogar, también ayudaba a su padre a pastorear, a que nacieran los corderos, a coger los huevos de las gallinas que criaban, a ordeñar para hacer algunos quesos, etc.

Además era una niña popular en todas las cortijadas de la zona. Allí iban mujeres y hombres para que les leyera algunas misivas que les llegaban, a que les escribiera las cartas de respuesta y un sinfín de cosas de las que su padre se sentía muy orgulloso. Incluso varios jóvenes de cortijos cercanos le pedían que hiciera poemas para sus amadas. Aquel era el mejor juego que ella quería, puesto que con un poco de imaginación y poniéndose en el lugar de la amada, ella dejaba sus manos y su pensamiento a libre albedrío, a lo que le saliera del alma.

La pastorcilla de versos se iba haciendo mayor y Justo también.

Un día de verano, el hijo de Martín “el rabudo” pastor que tenía las ovejas en las proximidades de Beas de Segura, llegó hasta La Hueta. Fátima y él se conocían porque sus padres habían sido los dos profesores antes de la Guerra, y tenían gran amistad. También se llamaba Martín, como su padre, era rubio, alto, fuerte y con ojos azules... Fátima empezaba a tener mucha curiosidad sobre él, y sentía que era recíproco. Ambos se quedaban mucho tiempo hablando sobre historia, sobre lengua, leían libros... hacían

cosas que los niños de su edad y de su época no hacían. Además, Martín era hijo único y nunca conoció a su madre, que falleció durante el parto.

Ese día, Martín caminaba nervioso y de prisa para hablar con Justo. Su padre estaba muy grave, estaba en cama y quería que Justo fuera a su casa para tratar algunos temas; ambos cogieron unos mulos prestados por un vecino de La Hueta y se fueron rápidamente. Dos días más tarde, “el rabudo” dejaba la tierra de los vivos, desamparando a su hijo con 18 años y huérfano; Justo se iba a hacer cargo de todas las propiedades hasta que Martín lo pudiera hacer solo. Fueron unas semanas muy duras para todos, y una noche a últimos de Julio, se desató el amor entre Fátima y Martín, aunque la edad era distinta, ambos se querían como ningún otro. Dos pastores segureños querían ser uno solo, querían que se acabara la dictadura para tener una vida mejor... veladas enteras hablando del futuro. Justo se daba cuenta que su hija se hacía mayor y que iba a estar con la mejor persona del Mundo.

En los primeros bríos de invierno, una imponente tormenta llegó hasta la Sierra de Segura, y empeñó su conquista en las cercanías de donde pastaban los corderos de la familia. Hasta que Justo no tuvo a todos los animales resguardados, no cesó en su empeño para protegerlos, pues era el pan de su familia. Justo quedó todo mojado y muy pronto se dio cuenta que iba a ser muy duro para él salir de aquel trance.

Fiebres, pesadillas, vómitos, escalofríos... los días pasaban y Justo no mejoraba. Sólo sonreía cuando su pastorcilla de versos le leía aquellas poesías que grandes escritores españoles habían hecho años atrás. Pero en todos esos días que se encontraba postrado, su hija Fátima le había leído aquellos versos que tanto le gustaban de Jorge Manrique y sabía el por qué. Un desaliento en la familia por aquella tormenta que habría vencido al capitán general de su casa, había vencido a Justo que nunca enfermaba, que siempre tenía una energía envidiable. Había vencido al hombre más bueno de toda la comarca.

Y poco a poco iba a peor. Hasta allí llegó un día el Padre Julián, quien le dio la extrema unción y ya no bajaba la fiebre nunca, por más medicamentos o ungüentos que le pusieran. Fátima sabía que no iba a ver más a su padre con vida, y con tristeza en el corazón cogió a su padre en uno de los momentos de lucidez y le dijo: “*Voy a hacer que te sientas muy orgullosa de mí, voy a seguir lo que a ti no te dejaron*”. Con una sonrisa en la cara, y en ese momento, Justo fue a unirse con Nuestro Señor.

Una misa honrada, un entierro a pleno Sol, como si Justo hubiera querido iluminar a su hija en ese día tan triste, una vida nueva llena de coraje que Fátima acogería sin cesar, y desde que llegaron a casa, cogió lápiz y papel y escribió un cuarteto para su padre, para que lo pusieran en el epitafio de su lápida, que decía así:

QUERIDO ÁNGEL

*La luz que nos ilumina ha de apagar,
aunque ahora brilla más en el cielo,
ángel de mi alma, padre yo te anhele,
Dios te proteja allí donde has de volar.*

F. (Tu pastorcilla de versos)

Jaén, año 1963.

Habían pasado ya algunos años y su madre María de las Nieves falleció de pena al poco tiempo de morir Justo. Fátima junto a Martín, dos huérfanos muy jóvenes decidieron vender todo lo que tenían, hacer una vida juntos y dedicarse a lo que más amaban sus padres: la docencia. Gracias al dinero de la venta de sus animales, sus cortijadas, sus casas y sus tierras en la Sierra de Segura, decidieron irse a la capital del Santo Reino junto a un tío de Martín.

Muy pronto el joven consiguió hacerse un hueco entre los empresarios de la localidad, teniendo una librería que fue muy popular. Mientras Fátima consiguió terminar sus estudios y dedicarse a ser maestra. Fueron unos años muy duros, sobre todo para ella, porque tenía que seguir el plan formativo de la época, seguía la dictadura, y tenía que asemejarse sus ideas a las ideas del momento. Consiguió su propósito, y comenzó la formación académica de muchos jóvenes en el ámbito rural, sobre todo en las aldeas cercanas a la Sierra Sur de Jaén.

En esa época, la mujer escritora no estaba muy bien vista, pero Fátima seguía escribiendo su poesía, y junto a su marido decidieron que todos sus escritos los firmaría con nombre de hombre, y si alguna vez tomaban represalias sobre lo que escribía, sería

Martín quien daría a conocer su identidad como autor de esas palabras tan bonitas que le dedicaba Fátima a todo lo que añoraba, a sus ideas de futuro, a sus pensamientos, a sus recuerdos, a su padre...

Los primeros meses de los años 60 pasaron volando con nuevos proyectos, nuevas ideas y aunque buscaban tener descendencia, no venía... pero no se ponían nerviosos por ello, porque estaban juntos.

Jaén, actualidad.

Fátima se encuentra en su cuarto, que da vistas al inmenso Castillo de Santa Catalina. Recuerda aquellas jornadas y fiestas por toda España acompañando a su marido, donde le daban multitud de premios, donde presentaba sus libros de poesía, donde se sentía dueña de sus versos en la sombra. Aquellas palabras de agradecimiento que su marido siempre comenzaba: "*Fátima, eres tú la autora de estos versos...*". Siempre, discurso tras discurso, presentación tras presentación...

Y era verdad, la pastorcilla de versos consiguió ser una de las escritoras de poesía más importantes de los años 70 y 80 en España, en años muy duros políticamente. Pero nunca quiso ser protagonista, sólo quería que su padre se sintiera orgulloso de ella allá en el cielo. Fue profesora hasta jubilarse y consiguió escribir mucha poesía, casi toda dedicada a Justo, su padre.

Nunca pudo tener hijos, pero no le importaba... el amor de su marido, la fantástica librería que regentaban, sus niños y niñas en los colegios donde era maestra, el amor que le impartían esas caritas de ilusión... con eso le bastaba. Fue una de las maestras más queridas en toda la provincia... y en su tierra natal también, pues pasaba largas temporadas en tierras segureñas.

Nunca había pensado con Martín que tendrían tanta felicidad juntos, hasta que él murió por un infarto, de repente, dormido, con su sonrisa dulce abrazando a su mujer. Y ahí volvió la tristeza para Fátima, su compañero del alma no podía seguir con ella en la residencia donde estaban juntos.

Ahora Fátima no recuerda lo que comió ayer, ni siquiera que le han puesto la segunda dosis de la vacuna frente un nuevo virus que ha surgido... de eso ya no se acuerda. Pero

recuerda sus caminatas con su padre, las poesías que le recitaba, los versos que ella le leía, todo eso que nunca se olvida.

Ella no sabía que viviría tanto tiempo, que viviría tantas crisis en tan poco tiempo, que no pisaría la calle en muchos meses, que tendría que ir casi siempre con mascarilla, que nunca volvería a la Sierra de Segura para verla por última vez.

Y una lágrima descendía por su rostro, pues nunca quería olvidar a su padre. Le daba igual que con el Alzheimer se le olvidara todo lo reciente, pero no la cara de su padre, su sonrisa, su voz, su olor... Aquellas palabras que le dedicó su padre y que nunca olvidaría: su pastorcilla de versos.